

EL BARROCO HISPANO COMO MODERNIDAD-OTRA



Las hilanderas o La fábula de Aracne (c. 1657),
de Diego Velázquez

Durante el siglo XVII, en el que se expandió el Barroco, Europa experimentó una profunda conmoción que ha sido interpretada como una de las crisis más determinantes de la historia occidental. La época premoderna inmediatamente anterior, atravesada por la concepción teológico-metafísica, estaba sustentada en una visión de la realidad como *cosmos*, como un Todo-Uno absoluto, cerrado y centrado. La modernidad irrumpe a la contra, promoviendo la imagen de una pluralidad de mundos heteróclitos y en devenir y sustituyendo toda clausura por la apertura, que alcanzaba a la infinitización. ¿Cómo reconfigurar en un nuevo orden semejante heterogeneidad e inconclusión? ¿Cómo encontrar nuevos criterios normativos para el saber y para la praxis una vez que los fundamentos unitarios de la antigua metafísica habían sucumbido? Estas y otras preguntas, todas relacionadas con una nueva necesidad de orientación, se hacían acuciantes, por lo demás, en un mundo práctico en el que parecían imponerse lógicas anónimas, tendentes a imponer la equivalencia allanadora de todas las cosas, tales como el capital, el frío pragmatismo, la Razón de Estado o la abstracción burocrática y funcional de grandes potencias políticas férreamente administradas.

El Barroco —en particular, el hispano, que es objeto de estudio del presente monográfico y que atravesó lo que llamamos Siglo de Oro— fue un dispositivo filosófico, político, estético y ético que afrontó esta crisis, extendida a todos los ámbitos de la realidad, de un modo tan creativo y profundo que ha despertado una tradición interpretativa repleta de ricos matices. De esta se desprende que el significado de lo barroco trasciende su contenido meramente historiográfico, pues ilumina problemas característicos de cierto tipo de intervalo temporal, de ese tan peculiar que se convierte —según la noción de H. Arendt— en «brecha», es decir, en el ocaso de un marco sólido de creencias y fundamentos capaz de generar un vaciamiento tal que abre el mundo a su propia recreación, como si el tránsito o el viaje, el vacío mismo, fuese tomado por la realidad tangible, operando sobre la cual hubiera que extraer la novedad histórica.

El oscurecimiento y fuga de los fundamentos de lo existente, junto al ascenso de la racionalidad instrumental y estratégica (la verdad huyó, indicaba Gracián), empujó al Barroco hispano a comprender el mundo como irredimible sueño y teatro apariencial, haciendo del desengaño un signo ineludible de la vida. Este melancólico desengaño, sin embargo, fue convertido en espuela para la persecución de lo eterno e infinito, que se convertía, por impresentable y escondido (*absconditus*), en lo imposible-necesario. A la vacuidad de lo real mundano opone el alma barroca este infinito en fuga, dando lugar a una intensa reespiritualización del mundo, consistente en interpretarlo y descifrarlo desde esa perspectiva. Es así como la escena mundana de apariencias encuentra el envés, desde la mirada barroca, de una laberíntica profundidad que el ingenio ha de desentrañar, siendo reconocido el ser humano como *caudal* de potencia expresable en

multitud de *maneras*, así como en un mixto entre finitud e infinitud al que el heroísmo solicita auto-trascendimientos sin cese, en lucha consigo mismo y con las circunstancias.

Hay muchas razones para afirmar que —al margen de los contenidos históricos singularmente concretos— nuestro presente sufre una crisis comparable con la del Barroco y que está atravesado por problemas que renuevan a otra luz los de aquel siglo. ¿No nos conforma ese otro cataclismo de lo absoluto, en el fondo análogo, que Nietzsche denominó «muerte de Dios» y que afecta a la caída de los fundamentos y a la expansión de las diferencias sin gramática común? ¿No tiene el aspecto de un nuevo tiempo de brecha, puente entre el largo desmoronamiento de la Verdad, el Todo, la Identidad y la Razón, por un lado, y la proliferación de lo heterogéneo, lo fugaz o el fragmento, por otro? ¿No encontramos, como si constituyesen el único armazón a la vista para recomponer lo disuelto, nuevas lógicas autonomizadas, como el capital, la razón instrumental y la abstracta administración utilitaria de la *res publica*? ¿Y no parece cernirse sobre la época —atravesada por fenómenos como el mundo del espectáculo, la hiper-realidad o la post-verdad— un inquietante vacío que la filosofía ha tematizado, desde diferentes perspectivas, como un nihilismo globalizado? Sin duda, el Barroco retorna en la actualidad con otras máscaras, tanto en lo que esta tiene de crisis como en su tácita demanda de una reconfiguración creativa de lo que llamamos «mundo».

Se dice que nuestra época es «postmoderna», pero quizás sea mejor situarla en la estela de una «modernidad-otra» que el Barroco representó y que renace a una nueva luz. Es esta la hipótesis general que articula el conjunto de aportaciones del presente monográfico. El Barroco —en particular el hispano— fue, según esta hipótesis, la alternativa reprimida a esa modernidad triunfante que se fraguó a partir, sobre todo, de la mirada cartesiana y de la generalización, más allá de su ámbito particular de validez, de los métodos de conocimiento de la revolución científica y tecnológica. Frente al intento de encorsetar lo real en los parámetros cuantificadores de la *Mathesis Universalis*, el Barroco perseguía reconducir la concepción del mundo como una totalidad orgánica y cualitativa; a contrapelo de la nueva racionalidad analítica, ponía en juego la comprensión analógica e ingeniosa de relaciones. Contra la metafísica de la identidad, descubrió la profundidad de la diferencia; constituyó el contrapunto crítico a los excesos idealistas y subjetivistas de la cultura racionalista europea, llegando hasta nuestros días cargada de potenciales que esperan aún una oportunidad histórica, como señaló Benjamin. Y, por terminar aquí, impulsó un humanismo plural, inclusivo y globalizador, alternativo a ese humanismo metafísico que, justamente, denunciaron M. Heidegger y otros pensadores en el pasado siglo XX.

Esta mirada a una modernidad distinta a la que de hecho se impuso y necesitada de un rescate del olvido rige el monográfico. Los artículos conforman, en esta dirección, una rica diversidad de temáticas y estudios sobre el Barroco hispano, cuya vigorosidad estaba acompañada por su especificidad respecto a otros desarrollos europeos y que sirvió de puente hacia el neobarroco latinoamericano, el cual —porque necesitaría otro estudio monográfico por sí mismo— es tratado solo tangencialmente. Las aportaciones, algunas de ellas de especialistas de renombre, han sido ordenadas en dos bloques, uno en el que predomina la indagación de aspectos vinculados a la filosofía teórica (ontología, teoría del conocimiento, etc.), otro orientado más a la filosofía práctica (política, ética, estética). En el conjunto se vuelcan parte de los resultados del trabajo del Proyecto de Investigación “Herencia y reactualización del Barroco como *ethos* inclusivo” (PID2019-108248GB-I00 / MICIN/ AEI / 10.13039/501100011033), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Agencia Estatal de Investigación, del Gobierno de España.

LUIS SAEZ RUEDA
Universidad de Granada
Coordinador de este número